

Ella



## ¿POR QUE LOS JOVENES TIENEN PRISA?

**E**L muchacho, con el brazo apoyado en la portezuela de su coche deportivo rojo, me hablaba con el tono un poco despectivo con que los muchachos poseedores de coches deportivos rojos hablan habitualmente a las mujeres de cierta edad que van a pie.

—Estamos en el siglo de la velocidad y hay que adaptarse... Hoy se va de Nueva York a Madrid en unas pocas horas... ¿Por qué voy a perder el tiempo en cortejar a una chica? O me acepta en seguida o no hay nada que hacer. Lo que importa es tener dinamismo, reflejos rápidos y disfrutar de la vida mientras se pueda...

Le hubiera dado con el bolso en la cabeza, palabra. En primer lugar, porque estaba haciendo sufrir a una muchacha estúpida. Y luego porque pretendía imponerme como idea original el más odioso lugar común de nuestro tiempo: la prisa como sinónimo de inteligencia y de espíritu moderno.

Le contesté que aún hoy son necesarios nueve meses para que nazca un niño, exactamente el tiempo que necesitó Eva para dar a luz a Caín, y que el trigo madura siempre en julio, nunca antes.

El me miró lleno de compasión, puso en marcha el motor y salió como un rayo. Tres meses después se casaba con una chica de la que tardó seis meses en separarse. Había sido un matrimonio decidido con demasiada prisa...

Esta es una historia parecida a muchas otras y su moral es bien clara. Cada vez es mayor el número de jóvenes que se sienten infelices porque lo quieren todo y en seguida.

«Tengo ya veinte años y todavía no tengo novio.»

«No soy fea, pero no tengo éxito.»

«He escrito este cuento que espero me publiquen.»

«Quisiera ser periodista y viajar por todo el mundo.»

Todos sueñan, todos pretenden llegar alto; pero casi ninguno pregunta cómo se hace para ser amado, para escribir correctamente, para obtener y conservar un buen empleo.

La paciencia, indiscutiblemente, es una característica de la juventud y no puede negarse que tenga un lado positivo. Sin la impaciencia juvenil, muchas conquistas del hombre no se habrían obtenido, muchos problemas no se habrían resuelto. La impaciencia, con sus acompañantes habituales, la audacia y el valor, denuncia la vejez de las ideas y de las costumbres, abre el camino a las ideas nuevas. Los jóvenes, en cierto sentido, son los pioneros del progreso. Siempre ha sido así y sería tonto lamentarse de ello.

El drama de nuestros días consiste en que la impaciencia es general y se inspira a menudo en un falso símbolo: la velocidad.

Si el joven del que he hablado al principio no hubiese tenido un coche deportivo, capaz de hacer 150 kilómetros en una hora, tal vez hubiera pensado de otro modo. Se hubiese dado cuenta de que el hombre no es una máquina y que querer aplicar su misma velocidad a los sentimientos significa no haber comprendido nada de la vida.

### Tiempo y esfuerzo

Este es el argumento que debemos dirigir a los jóvenes, pero que interesa también a los mayores, ya que son ellos los que a menudo dan el mal ejemplo. En el plano material, su impaciencia iguala y casi supera a la de los jóvenes. No se paran en considerar tradiciones ni sentimientos. Quieren el éxito y lo quieren en seguida. El éxito y el dinero. Y para obtenerlos cualquier medio es bueno.

Sería muy extraño, pues, que los jóvenes se comportaran de otro modo. Se suele decir que la juventud está sola. Sería más justo decir que está en numerosa y mala compañía. A su alrededor tiene una masa agitada, impaciente, apresurada. Todo lo que serviría para inducir al recogimiento interior se le sustrae con

furia especuladora. Los árboles son derribados, los bosques desaparecen, las islas se cubren de casas que son sólo apariencia y frágiles en substancia. Hasta las ciudades ligadas a tradiciones de serena belleza son desmanteladas e invadidas por cartelones publicitarios. Las calles son un grito constante, que apenas si desaparece unas pocas horas durante la noche. Y siempre la voz anónima que repite la misma palabra: éxito, éxito, éxito.

Este es el concepto de modernismo aceptado primero por algunos individuos materialistas y arrogantes, y que más tarde se ha generalizado a causa de la pereza y la ambición generales.

¿Podemos extrañarnos de que los jóvenes pierdan la cabeza? Saben que en



## EL ARTE DE VENCER A UNA CREMALLERA

# EN EL AMOR, EN EL TRABAJO, EN SU DESEO DE TRIUNFAR, PARECEN HABER OLVIDADO UNA ANTIGUA Y SABIA PALABRA: PACIENCIA

La vida actual no siempre triunfa la justicia y nadie les dice que para obtener algo, algo que valga la pena, son necesarios tiempo y esfuerzo. Los jóvenes de hoy deben querer aquello que sus mayores demuestran muchas veces haber olvidado. Pueden hacerlo y lo hacen. No está permitido aburrirse y mucho menos cruzarse de brazos a la primera dificultad y decir: «No puedo». Cada hombre lleva en sí la posibilidad de la creación. De él depende, y sólo de él, utilizarla.

Hablando con una muchacha, exageramos los milagros que pueden realizar un elegante vestido o un peinado bonito. Deberíamos decirle, en cambio, que el milagro es ella misma: ella, criatura humana que anda, que comprende, que ve, que padece y disfruta. Ella es un milagro viviente. Sólo necesita internarse en sí misma, alcanzar su propio secreto y sacarlo a la luz. El tiempo no cuenta, no existe. La vida es vida mientras nos pide que realicemos algo. A cualquier edad se puede ser hermosa y amada, conseguir el éxito. El sistema para lograrlo tiene un nombre: paciencia. Una palabra que suena a anticuada pero que sería muy conveniente que las muchachas de hoy incorporaran a su lenguaje habitual.

## Tengo "ya" veinte años

En esa partícula, «ya», está en embrión la futura desgracia de las muchachas que así hablan. Se tienen veinte años y no «ya» veinte años. Veinte años son pocos, es la edad de la esperanza. Sin embargo, algunas creen que no deben perder el tiempo ni dejar pasar las ocasiones. Por eso aceptan al primer hombre que les propone matrimonio y creen, con ello, haber alcanzado una envidiable meta. Pero estos enlaces rápidos, fundados sobre una simpatía epidémica más que sobre una auténtica afinidad espiritual, y cuando se es demasiado joven, se convierten en seguida en un infierno. La ausencia de una verdadera convicción interior impide la intuición y hace pesado el menor sacrificio. Ni el muchacho ni la chica tratan de resolver el problema del recíproco conocimiento. Se reprochan sus respectivos defectos, riñen y terminan por declarar que no están hechos el uno para el otro. A veces, es verdad, y a veces, no. La solución no es difícil. Bastaría con que sus padres —siempre prontos a consolarse de sus propios fracasos, desahogándose en críticas que no tienen nada de constructivas— les ayudasen a razonar.

El amor es una larga conquista. Parte de una chispa que se desarrolla y adquiere fuerza progresivamente, siempre que se ponga en él el empeño necesario. «No soy fea, pero no tengo éxito... ¿Cómo si el éxito estuviera unido sólo al aspecto físico?

Las actrices más cotizadas no son siempre las más bellas, e incluso las más bellas de todas saben que no se pueden fiar solamente de sus atributos físicos.

En la vida y en la historia existen infinitos ejemplos de mujeres que sin ser guapas, y siendo, en ocasiones, hasta francamente feas, reinaron en el corazón de hombres importantes.

## Guapas a los cuarenta

Los franceses, tan sensibles al encanto femenino, han creado una expresión para denominar a la mujer fea que consigue lo que quiere utilizando sus dotes espí-

rituales. La llaman «jolie laide», es decir, la «fea guapa». Los franceses dicen también, con respecto a la belleza, que es «una larga paciencia».

A los veinte años, todas somos guapas: a los cuarenta, lo es sólo aquella que lo merece.

Pero es en el campo de las ambiciones profesionales donde las muchachas demuestran más a las claras su falta de preparación para vivir: ignorancia y vanidad se unen para hacer imposible el menor progreso.

No he olvidado aquella que, en una ocasión, me envió tres cuentos acompañados de una carta en la cual, después de alabar ampliamente sus trabajos, expresaba su deseo de verlos publicados.

Aparte de la puerilidad de los temas, aquellos tres manuscritos carecían de las primeras herramientas necesarias para quien pretende escribir: la ortografía y la sintaxis.

Se lo hice notar amablemente y tuve, como respuesta, una carta insolente en la cual deploraba mi escaso sentido crítico...

## Un mundo mecanizado

También están aquellas que quisieran en seguida un empleo de categoría y bien retribuido, sin saber siquiera escribir a máquina. Las que empiezan a trabajar tarde, sin la debida preparación, y no pueden aspirar nunca a un puesto de responsabilidad. Las que cambian de empleo constantemente, maldiciendo su suerte, sin reconocer que la razón de los sucesivos despidos es siempre la misma: indisciplina, rendimiento escaso, falta de interés.

En el fondo de todo fracaso está la impaciencia, el fastidio ante el más mínimo esfuerzo, la pretensión de poder conciliar la pereza con el éxito. Se quiere obtener todo rápidamente y con facilidad y se acaba sin nada. Ni siquiera el matrimonio, aspiración máxima, compensa a estas víctimas voluntarias. Desordenadas, perezosas, impacientes, arrastran su malhumor en una casa que marcha de cualquier manera y, naturalmente, lo hacen sufrir al esposo y a los hijos.

El mal de nuestra época es la excesiva indulgencia hacia todo y hacia todos. Y menos mal si fuera la indulgencia humana que, conociendo el cansancio de vivir, se da cuenta del esfuerzo de los demás. Es la indulgencia del egoísta que no quiere complicaciones: ve, pero prefiere callarse. «En el fondo es una buena chica. En el fondo es un buen muchacho. Con el tiempo aprenderán...».

A veces, aprenden, y a veces, no. A veces, la lección llega tarde, cuando de poco puede servir ya.

Tenemos que pedir a los jóvenes esfuerzo, aplicación, sacrificio. Y ofrecerles el ejemplo de que los obstáculos de la vida siempre se pueden afrontar y superar. Los devotos de la filosofía de la velocidad pueden decir lo que quieran. Los hechos prueban que están equivocados. El hombre no es una máquina, por eso no puede volar sobre las montañas. Su viaje espiritual lo realiza a pie, a través de obstáculos que a cada momento requieren rapidez de reflejos, inteligencia, paciencia.

ENRICA CANTANI



La rubia de la cretona de flores atraviesa, según se nos asegura, el difícil trance de abrocharse el vestido sin ayuda de nadie ante la mirada divertida de un caballero que, por las trazas, ha debido ser el propio fotógrafo. Bien. Lo que se propone la muchacha no es fácil: llevar el broche de su cremallera hasta el comienzo de la espalda, por sus propios medios, sin perder la compostura. Para una chica en tal situación es tan importante quedar graciosa ante el caballero como conseguir el objetivo de cerrar el traje. Y quizá más aquello. Porque cumplido el sacrificio a la coquetería, el señor podría ayudarle un poco. (Foto RADIAL PRESS.)